

Ramiro de Maeztu, EL DEFENSOR DE LA HISPANIDAD Y SU SENTIDO DE MISION

MARQUES DE LA ELISEDA

(Envío especial para "REVISTA CONSERVADORA")

Pese a que como decía el propio Maeztu "el periodismo es dispersión del alma", tenía Don Ramiro tan arraigado el sentido de misión en su corazón, que éste se manifiesta en sus artículos y en el sentido de su vida toda, como algo consubstancial. La mayor parte de la producción literaria de Maeztu está, como es bien sabido, contenida en sus artículos periodísticos y sus libros vieron primero la luz en artículos de revista. Nadie ignora que "Defensa de la Hispanidad" se publicó primero en las páginas de Acción Española.

Pero antes de comentar el sentido misional de su "Defensa de la Hispanidad" me interesa poner de manifiesto que "procurar infundir idealidad" —como él decía— "en la vida española" es una constante de su impulso intelectual y vital.

Don Ramiro —como siempre le he llamado— tiene desde sus años mozos un sentido trascendente de la vida. Da igual que sea en los años anteriores a los que él no gustaba llamar su conversión, que a los posteriores en que el pensamiento escatológico católico impregna su vivir. El artículo que publicó en Acción Española explicando conmovedoramente su conversión, llevaba por título "Por qué me hice más católico", que Eugenio Vegas sustituyó por el de "Razones de una conversión". Maeztu tenía siempre especial interés en proclamar que nunca se rompieron del todo los lazos que le unían con la Iglesia. "Difícilmente" —decía— "se encontrará entre los miles y miles de artículos que en el curso de cuarenta años he publicado en los periódicos, alguno que otro párrafo contrario a las doctrinas de la Iglesia. En cambio he defendido, siquiera incidentalmente, las ideas y sentimientos cristianos en todos los periodos de mi vida". Sin embargo, es indudable que tenía razón Eugenio Vegas en llamar conversión al momento en que, según San Pablo, se revistió Maeztu del hombre nuevo. Tampoco San Ignacio había dejado de ser católico cuando convalecía de su herida en su casa solariega de Loyola.

Maeztu explica, que el estudio de la filosofía de Benedetto Croce le alejó de la fe. El proceso de su conversión, extrañamente iniciado con la lectura de Kant, pero Dios busca sus caminos, la influencia de los gremialistas ingleses, y claro está la lectura de los Evangelios, culmina en el momento en que vagando por las calles de Londres vio en la fachada de una capilla protestante la inscripción "Sean bienvenidos todos los extranjeros". La sacudida que produjo en Maeztu la idea de que en una casa de ora-

ción se pudiera ser extranjero fue su llamada paulina, y le llevó a pensar que a un español no se le hubiera ocurrido invitar a rezar a los extranjeros "porque para la Catedral de Burgos no hay extranjeros".

El hecho es, que Maeztu vive la plenitud del catolicismo cuando descubre que su Patria pierde su camino cuando empezó a apartarse de la Iglesia y que no puede encontrarle como no se decida a identificarse con ella en lo posible.

Maeztu en su juventud creyó que los españoles de los siglos XVI y XVII habían sacrificado a la gloria de Dios y de la Iglesia los intereses inmediatos de la Patria.

Su falta de formación determinó el conflicto íntimo de Maeztu entre religión y patriotismo. Años más tarde descubre que si bien España derrochó sus fuerzas en pelear por la causa de Dios esa fue su grandeza, y la decadencia de nuestra Patria empieza cuando entregándose a los ideales de la Enciclopedia, deja de ser una Monarquía Católica con un sentido de misión para trocarse en un estado territorial, secular, como otros estados europeos.

Ya no hay antítesis para Maeztu entre su patriotismo ardoroso y sus creencias católicas, y si a veces siente remordimiento por no dedicar a la Religión buena parte del tiempo y del pensamiento que pone en las cosas de su patria, se consuela pensando que su amor a España y la constante obsesión del problema de su decadencia, le llevaron a buscar en la fe religiosa las raíces de su antigua grandeza.

Ramiro de Maeztu tuvo como lema de su vida las palabras del Kempis "vita sine proposito languida et vaga est", cita que gustaba recordar. De ella se dedujo su sentido de misión, que se refleja, en primer lugar, en su sentido trascendente del deber, en su amor por la acción, él que era, ante todo, un pensador pero que llevaba siempre en la cabeza la idea cristiana de que la fe sin obras es fe muerta. Por eso era enemigo de todo esteticismo decadente, de la "idea monstruosa del arte puro" sin ningún elemento de enseñanza, de información, de doctrina o de religión; es decir, de la fórmula del arte por el arte, aventajando en este aspecto a Menéndez y Pelayo.

Este sentido misional de su vida determinó que fuese el único de los escritores de la llamada generación del 98, que entregase su vida entera al servicio de España. Los demás, aparte de errar el camino y de traer con sus desvaríos nuevas desventuras a su patria, dieron, sin du-

da, gloria y prezo a las letras, y si se quiere hasta a la filosofía, pero solo Ramiro de Maeztu encontró la verdad de España quizás porque fue el único que se dedicó humilde y sinceramente a buscarla.

Ante la catástrofe del 98 que Maeztu vio venir mejor que otros desde su experiencia cubana, los demás adoptan una actitud puramente crítica, de espectadores de lo ocurrido, una actitud, en fin, puramente especulativa. Maeztu fue el único intelectual que voluntario vistió el uniforme militar para defender a España del rumoreado desembarco norteamericano en las costas mallorquinas.

Su sentido de misión tenía que estar respaldado por un sentimiento de estimación del valor, que es cualidad indispensable en el hombre cabal. Sin él, sin la capacidad de soportar riesgos, sufrimientos, y, en definitiva, arriesgar la propia vida, el ser humano no adquiere plenitud. El cobarde, capaz quizás para el ejercicio intelectual puramente especulativo, no es un hombre entero como lo era Maeztu, que era de una textura moral plena. "El valor son palabras suyas, es lo primero lo mismo para el pensamiento que para la acción". "El valor es un bien en sí mismo y el hombre que se bate bien es superior al que se bate mal, cualquiera que sea la causa por la que pelee".

Maeztu tenía un tremendo desprecio por los cobardes y debió sentir toda su vida la paliza que le dio su padre el día que supo que se había dejado pegar por otro chico. En sus recuerdos de niñez cuenta también la simpática anécdota infantil de su reacción posterior a ese episodio cuando vio a siete mozalbetes insultando a uno indefenso y de cómo acudió virilmente en su defensa.

El pacifismo le sacaba de quicio y a una declaración de pacifismo enteco de Salvador de Madariaga, contestó con una sonora bofetada. "La fuerza —decía— no podrá superarse con la mera negación pacifista, sino enganchándola al derecho y el derecho a la moral y la moral a la fe religiosa. Hay que reconocer el hecho de la fuerza para poder mantener el derecho".

"El espíritu del héroe será algún día comprendido por los intelectuales que no entienden el valor". También veía la contrapartida funesta, frecuente en nuestra patria, de que los militares no entendiesen a los intelectuales.

Este divorcio entre universidad y ejército fue también señalado magistralmente por José Antonio Primo de Rivera.

Pero volviendo a Maeztu anotemos que ya antes del golpe de estado del General Primo de Rivera, advertía "que si el mundo se arregla lo tendrán que arreglar los militares". Frase equivalente al apotegma de Spengler "en definitiva un pelotón de soldados salvará la civilización".

Siguiendo ese pensamiento dije desde mi escaño de Diputado en las Cortes republicanas que "cuando están desintegrados y descompuestos todos los resortes del estado, siempre queda en pie aquella institución en la que las ideas de jerarquía, servicio y disciplina, son diariamente afirmadas como condiciones inexcusables de existencia".

Este sentido de misión que le llevó a defender el

Directorio Militar, está en la misma línea de su admiración juvenil por Nietzsche por su exaltación del hombre superior.

Más tarde había de cristalizar este mismo sentimiento en la desorbitada admiración que Maeztu sintió por Hitler. La sensación de la debilidad de España le lleva a enamorarse de los hombres superiores que encarnan la fuerza al servicio de una misión. Si Maeztu no hubiera muerto habría rectificado sus juicios sobre el nazismo demasiado benevolentes. No hay que olvidar que Don Ramiro tenía la ingenuidad y el candor de un niño que determinaban en él un carácter muy impresionable; pero todos los genios tienen algo de infantiles. En su búsqueda de las causas de la decadencia de España y las de su remedio, le llevaron en su primer encuentro con Norteamérica a escribir elogios del coloso del Norte —perdón por la frase esterotipada— que luego rectificaría. Lo mismo hubiese sucedido con sus juicios sobre Hitler. Recuerdo en nuestra diaria tertulia de Acción Española que yo discutía muy vivamente con Maeztu sobre este tema. Muchas veces, lo reconozco, con gran impertinencia que Don Ramiro bondadosamente toleraba. Don Ramiro solía expresarse a veces en aquella tertulia con lenguaje contundente que era acogido por nosotros a veces con francas risotadas. No era nada suspicaz ni receloso, y su generosidad de carácter se manifestaba en la charla diaria como en todos los actos de su vida.

* * *

En su búsqueda del remedio a la decadencia de España va Maeztu a Inglaterra. Va allí, como más tarde a los Estados Unidos, a averiguar lo que haya de cierto en el libro del educador francés Desmolins que se preguntó en qué consistía la superioridad de los anglosajones. "Hay un hecho indiscutible en los pueblos anglosajones y es que son más ricos que los demás, o al menos son los pueblos acreedores del mundo". Este pensamiento será el impulso que moverá el discurso de Maeztu que arranca del sentido eminentemente práctico que tuvo el movimiento del 98. "Entonces —dirá Maeztu— nos nació la idea de que el dinero es una cosa bastante importante pero no se nos ocurrió asociar la idea de la economía con la idea de la moral". Agudamente ve muy pronto que no tenía razón Desmolins en su famoso libro cuando afirmaba que el secreto de la superioridad de los anglosajones, como era entonces general creencia, se debía a sus instituciones liberales. En Inglaterra trabó Don Ramiro conocimiento y amistad con el grupo intelectual que redactaba "The New Age" (La Edad Nueva), órgano del movimiento gremialista. Su director Orage, el arquitecto Penty autor del libro "The restoration of the guild system" (La restauración del sistema gremial), ayudaron a su futura conversión espiritual y a que se desengañase del supuesto liberalismo político de los ingleses. No tardó en darse cuenta Maeztu de que el liberalismo político de los ingleses está refrenado y aún dirigido por el tradicionalismo de su carácter y de sus instituciones. Políticamente, aún muy confusas sus ideas políticas, acierta, sin embargo, Maeztu en señalar que el estado y la sociedad tienen una función que cumplir, y límites precisos que la contengan y necesidad de una jerarquía que los presida.

El concepto del estado funcional desenvuelto en "Authority, Liberty and Function", título inglés con el que

apareció primero su libro "La crisis del humanismo" donde desarrolló estas ideas, tuvo una gran resonancia en Inglaterra.

Del grupo gremialista se separaron más tarde los socialistas fabianos como Cole y los esposos Webb partidarios de un socialismo de Estado; Sydney Webb más tarde Ministro en un Gobierno laborista y después miembro de la Cámara de los Lores con el título de Lord Passfield. Al Profesor Cole, sociólogo conspicuo y al mismo tiempo autor de novelas policíacas, a cuyas clases asistía yo en la Universidad de Oxford por los años 1928 y 1929, le oí mencionar a Maeztu y definirle como a escritor que defendía un socialismo cristiano muy original.

En Inglaterra se afirman en Maeztu sus convicciones en la necesidad de la jerarquía social, impresionado por el benéfico influjo de la aristocracia inglesa en la vida rural y también por la educación que reciben sus minorías directoras. En rigor diez años antes, en 1908, ya creía Maeztu en la función social de la aristocracia de sangre. "La España histórica —escribía— se constituye enteramente por sus hidalgos, e hidalgos fueron los reconquistadores de la península, los conquistadores de América y los escritores y artistas de nuestros grandes siglos".

Apunto estos trazos como exponente del proceso intelectual político de Maeztu y no quiero cerrar este pasaje sin señalar que en Inglaterra tropieza en sus lecturas con el pensador contrarrevolucionario Burke cuyas "Reflexiones sobre la Revolución francesa" juntamente con la influencia de su amigo Hulme ahincan en su mente ideas clásicas y antirománticas. "Hulme —cuenta el mismo Maeztu— mantenía la tesis de que los románticos son gentes que niegan el pecado original y se imaginan a los hombres como reyes encarcelados que recobrarán el trono en cuanto les pongan en libertad". La heroica muerte de su amigo en acción de guerra le enseñó con su ejemplo, que igualaba con su vida el pensamiento. Se derrumba entonces definitivamente para Maeztu el falso dogma rousseauiano de la bondad natural del hombre.

* * *

Pese al entusiasmo inicial de Don Ramiro por Norteamérica, en varias ocasiones se trasluce su inquietud por la falta de espiritualidad del ideal norteamericano.

Reprocha con razón a los Estados Unidos que su inmenso aparato educativo no rinde en genialidad y obra superior todo lo que en Europa podría esperarse de tan formidable organización. "La palabra intelectual —comenta acertadamente— lleva en los Estados Unidos implícita cierta significación peyorativa, cierto sentido de afeminamiento y la educación se entiende como una preparación para la vida activa más que para la intelectual". Este atisbo genial queda demostrado en que los políticos norteamericanos son esencialmente hombres de negocios y la política americana tiene un sello mercantil que la achica y priva de horizonte.

Recuerdo que la primera vez que estuve en Nueva Orleans coincidía mi visita con el anual festejo de la incorporación de la Luisiana a los Estados Unidos, me causó una gran impresión ver flameando en banderas y pancartas el escudo de Luisiana y debajo la leyenda "Luisiana

purchased" (Luisiana comprada). Este lema era todo un símbolo del ideal mercantilista estadounidense. Confieso que mi espíritu hispano se revolvía contra este sentimiento. ¡Que pudiera ser título nacional una compra-venta! Nadie ignora que la Luisiana fue vendida por Francia pero aún quedan en Nueva Orleans recuerdos de España, innumerables calles con nombres españoles, la plaza del Cabildo y esos robles enramados de blancos líquenes que todavía se les llama los gobernadores en recuerdo de las blancas barbas de los gobernadores españoles. Este sentido mercantilista chocó con el espíritu español cuando los Estados Unidos quisieron comprar Cuba y no hubo un español, ni monárquico ni republicano, que se prestase a ocupar el poder para vender una provincia lejana a la que España consideraba carne de su carne. Podrían arrebatárnosla después de lucha cruenta, pero no otra cosa. Merced a la actitud española de entonces, aunque separados, cubanos y españoles podemos ahora sentirnos hermanos, y puede alzarse en las Lomas de San Juan en Santiago de Cuba un monumento erigido por la Cuba independiente que dice así: "1492 Descubrimiento de América. 1898 Adiós de España a las tierras descubiertas y colonizadas por el genio de la raza. La república de Cuba y en su nombre el gobierno y el ejército rinden homenaje al glorioso soldado español que murió aquí en el cumplimiento de su deber".

Esta falta de espiritualidad antitética de la Hispanidad que Maeztu encontró cuando fue Embajador en la Argentina, y en cuya defensa escribió uno de los más hermosos libros del habla castellana, es la quiebra desgraciada estadounidense. Esto ha creado una mentalidad de que la felicidad es el único objetivo de esta vida para cuyo logro deben descartarse sentimientos y afectos.

Esta civilización hedonista quiere quitarse de encima los dolores, las preocupaciones y los riesgos como sea. Las masas ahogando las penas en alcohol, y las minorías directoras transigiendo en todo e ignorando el lema de Maeztu de "Ser es Defenderse, dejar de Defenderse es ya dejar de Ser".

* * *

En la Argentina Don Ramiro, merced a la influencia del grupo contrarrevolucionario "la nueva República" que propugnaba una república antidemocrática, y que reproducía textos de los contrarrevolucionarios franceses Maurras y Bonald, completa su pensamiento tradicionalista. Lee también entonces a Donoso y el influjo de un sacerdote español D Zacarías Vizcarra le lleva a desentrañar la Hispanidad. Neologismo admirable acuñado por Vizcarra en un artículo de un modesto semanario de Buenos Aires "El Eco de España".

Maeztu ha descubierto ya que la decadencia de España no es obra de su catolicismo, sino todo lo contrario. Cuando con Carlos III la Monarquía española deja de ser una Monarquía misionera, el régimen colonial se convirtió en ordenación pragmática, económica y racionalista. La aristocracia americana reclamaba el Poder como descendiente de los conquistadores y por sentirse más leal al espíritu de los Reyes Católicos que los funcionarios peninsulares de los siglos XVIII y XIX.

Las Cortes de Cádiz con sus leyes antitradicionales y con sus declaraciones ignorantes y con un lenguaje versallesco que en América no se entiende, exarcebaban y aumentaban la secesión. Así Cornelio Saavedra exclama al Virrey Cisneros en Buenos Aires: "No queremos que nos gobiernen los franceses". Es verdad que descuidamos los quehaceres de María pero nuestra decadencia económica no fue la culpa de la decadencia política. "Cuando la crianza de los ricos —dice Maeztu— se hizo cómoda y suave y al espíritu de servicio sucedió el de privilegio, hubo una abdicación del espíritu a la sensualidad de la naturaleza". Lo más grave fue la extranjerización, poner nuestra ilusión en ser lo que no éramos".

Había que cuidar la economía pero no había por qué hacerlo descuidando las tradiciones

Ese fue el crimen de la Ilustración y de los Ministros de Carlos III y de Carlos IV.

La decadencia de España podemos decir que empieza cuando dejamos de mirar al Escorial para recrearnos en la galería de los espejos de Versalles

* * *

Maeztu anunció en un artículo de "Criterio" de Buenos Aires, titulado "Los intelectuales y la política" que si se implantaba en España una República inspirada por el credo socialista y antirreligioso de la casi totalidad de sus mantenedores, al cabo de pocos años se produciría en el país un levantamiento armado de carácter tradicionalista como en 1873.

La conciencia de esta visión profética a lo Donoso Cortés, le llevó a entregarse a la empresa de fortalecer las fuerzas contrarrevolucionarias.

Maeztu comprende que su deber está en España luchando en la brecha contra la Revolución Marxista.

Por eso vuelve de la Argentina a la caída de la Dictadura, aunque el nuevo Ministro de Estado Duque de Alba, deseaba que Maeztu continuara en su puesto.

Poco podía hacer ya Don Ramiro durante el desdichado y miope gobierno Berenguer, como no fuera denunciar el peligro que representaba la República. Expresaba sus ideas o en los mítines de la Unión Monárquica Nacional, a la que su lealtad al General Primo de Rivera le llevó, o iniciando en sus artículos la defensa del pensamiento de la contrarrevolución y del ideal hispánico.

Toda su vida Maeztu se sintió solo. Solo en su búsqueda apasionada de la verdad española, poco acompañada también cuando la descubre en los años anteriores a la caída de la Monarquía. Podía decir de sí mismo lo que él dijo de Larra "tenía público y admiradores pero no camaradas que un día le allanasen la soberbia con pertinente crítica, y al día siguiente le despertasen el estímulo, dándole motivos, ideales de trabajo y de vida". En Acción Española Maeztu iba a encontrar esos amigos compenetrados en un pensamiento unánime, unidos también por un sentimiento común. Acción Española fue el equipo, valga el neologismo moderno, que iba a defender el pensamiento contrarrevolucionario.

Tuvo Acción Española dos vertientes esenciales, la

proyección cultural hispánica, y la defensa de un orden político monárquico. Fue Don Ramiro, naturalmente, quien defendió el sentido creador de la Hispanidad y Eugenio Vegas quien imprimió el sello político de Acción Española, respaldado por la solidez doctrinal de Víctor Pradera. El Marqués de Quintanar, primer Director de la Revista, trajo a Acción Española el aliento fraterno de los contrarrevolucionarios portugueses.

Tuvo también un tercer sentido Acción Española, que era como el impulso de sus dos vertientes, la defensa de la licitud del empleo de la fuerza al servicio de la verdad. "Una manu sua faciebat opus et altera tenebat gladium", era nuestro lema.

En rigor la defensa de la Hispanidad y la de los principios del derecho público católico, estaban entrelazados.

"Los hombres que escribimos en Acción Española —decía Don Ramiro— sabemos que el mundo ha dado otra vuelta y ahora está con nosotros porque sus mejores espíritus buscan en todas partes principios análogos o idénticos a los que mantuvimos en nuestros mejores siglos. El tradicionalismo español ha batallado hasta ahora con la convicción intranquila de su aislamiento, porque sentía que el mundo le era hostil y contrario al movimiento universal de las ideas. Se puede trazar una raya en 1900. Hasta entonces eran adversas a España las más de los talentos extranjeros que de ella se ocupan. Desde entonces no son favorables. Venimos, pues, a desempeñar una función de enlace. Nos proponemos mostrar a los españoles educados que el sentido de la cultura en los pueblos modernos coincide con la corriente histórica de España".

Ese era el mensaje de Maeztu en las primeras páginas de Acción Española, que fueron también las de su libro "Defensa de la Hispanidad".

Para vergüenza y bochorno de las clases directoras españolas de las primeras décadas del siglo, hasta que surge la pluma de Maeztu en defensa de la verdad ultrajada con la excepción del libro de Julián Juderías, los defensores de España son extranjeros: Walsh, Louis Bertrand, David Loth, Wyndham Lewis, Bratli, Giardini, Scheneider, Marius André y, señaladamente, Roberto Levillier, el diplomático argentino que fue a Ginebra con el propósito de que la Sociedad de Naciones iniciase el proceso de la revisión de la obra de España en América.

La propaganda mendaz de extranjeros y españoles, impulsados por el denominador común del anticatolicismo, tejió la leyenda negra. Escritores desaprensivos de injustificado renombre como Cantú, Gervinius, Hubbard y Seignobos, han escrito la falsedad de que el movimiento de emancipación americana fuese contra los curas, frailes y el Gobierno de los virreyes, que movía a los americanos a odiar a los Reyes de España.

Instituciones norteamericanas, hasta hace poco, se han cuidado de propagar por Hispanoamérica la leyenda negra y han procurado extinguir todo signo de espiritualidad combatiendo el catolicismo y socavando la base de la familia cristiana favoreciendo la ley del Divorcio.

En muchos colegios ingleses se enseña a odiar a España con una serie de falsos tópicos, manidos por el odio

protestante. Cuando nace en Inglaterra una campaña de reacción favorable a nuestra historia, la presiden pensadores católicos, como católico es también el norteamericano Walsh reivindicador de las glorias de España. Esto serán los mismos que intentarán deshacer los cuentos de miedo inventados por el supuesto oscurantismo medieval, época en que el catolicismo daba sentido a toda la organización de la sociedad y del Estado. Macaulay, Carlyle Gibbon, Motley, Trevelyan y Tout han difundido, con sus páginas mendaces, que la fe destruye la cultura y que la luz renació con el Renacimiento y la Reforma. Cuando hablan de los oscuros años de la Edad Media —comenta con fino humorismo Maitland— “debe ser, sin duda, porque están a oscuras en lo que a ella se refiere”.

Hay que establecer, pues, la ecuación Hispanidad-Catolicismo.

El sentido de misión de Maeztu había de llenarse de grandeza exponiendo las razones de esa unidad que llamamos hispánica. Si a las repúblicas hispanoamericanas se les ha llamado alguna vez con ironía los Estados desunidos del Sur en contraposición a los Estados Unidos del Norte, ello es por su constante crítica y negación de las dos fuentes históricas de la comunidad de los pueblos hispánicos; a saber: la religión católica y el régimen monárquico español. Maeztu demuestra hasta la saciedad que por prevalecer en el mundo las ideas de la Revolución francesa cuando se forman las nacionalidades hispánicas de América, éstas fueron hijas de la Revolución francesa. El propio Simón Bolívar, al fin de su vida, desengañado, dijo: “Los que hemos trabajado por la Revolución, hemos arado en el mar”.

La salvación de España como la de hispanoamérica, está en recuperar el ser de la Hispanidad. En otros países —decía Maeztu— ha surgido el liberalismo y la Revolución, o para remedio de sus faltas o para castigo de sus pecados. En España eran innecesarios. Lo que nos hacía falta era desarrollar, adaptar y aplicar los principios morales de nuestros teólogos y juristas a las mudanzas de los tiempos. Así, la obra de España, lejos de ser ruinas y polvo, es una fábrica a medio hacer, o una flecha caída a mitad del camino que espera el brazo que la recoja y lance al blanco, o una sinfonía interrumpida que está pidiendo músicos que sepan continuarla”.

En gran parte, gracias a Maeztu, América empieza a comprender el espíritu misionero de la Hispanidad. Si España da el ejemplo, diremos con palabras del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra “será fácil entonces recitar la salutación del optimista de Rubén Darío a caballo sobre el lomo de los Andes”.

Importa mucho destacar que para Maeztu el recuerdo de nuestro pasado glorioso, no le sirve para amodorramiento de la voluntad por narcisista recreamiento del alma. La sombra de un imperio puede ser funesta para un pueblo o porque le despierte ansias de resucitarlo sin cuidarse de la antigua virtud que le dio origen, o para que su evocación alimente un vano patriotismo estéril. En cambio decía Don Ramiro “es siempre benéfica la sombra de una gran misión, sobre todo si se trata de una misión que solo a medias fue realizada como aquella española que consistía en convertir en una sola familia unida a todos los pueblos de la tierra.

* * *

En Acción Española encuentra Maeztu el medio de reconciliar el ideal mundano de sus abuelos liberales, con el ideal ultramundano de sus abuelos carlistas. Allí en la revista y en las conferencias se desarrolló el espíritu del ideal armónico de la religión y de la economía, de a defensa del ser de la Hispanidad con la exposición del orden social cristiano en el campo del incremento de las riquezas.

Calvo Sotelo y Barja de Quiroga enlazando con las ideas de La Tour du Pin, dan a la economía el sentido espiritual que para ella reclamaba Maeztu. Modestamente aporté mi grano de arena en esta concreta tarea, con una conferencia de Acción Española sobre la Economía y el nuevo Estado.

Aplicar el ideal armónico a los ideales antagónicos, lleva a Don Ramiro a concebir el ideal espiritual “porque espíritu es la unidad de cuerpo y alma”.

* * *

Cuantas veces hablo o escribo del sentido del movimiento nacional del 18 de Julio de 1936, procuro destacar lo mucho que había de coincidencia ideológica en las cuatro principales personas que lo inspiraron: José Antonio Primo de Rivera, Pradera, Calvo Sotelo y Maeztu.

José Antonio no escribió ningún artículo en la Revista, pero su discurso de la Comedia fue reproducido en Acción Española con expreso singular regocijo y Pradera demostró su identidad con la doctrina tradicionalista. Además, José Antonio participó en algunos de nuestros banquetes que no eran sino pretextos para celebrar actos políticos en los que exponer y defender nuestra doctrina.

Los cuatro resellaron con su consciente sacrificio la sinceridad de su pensamiento.

Vivió Maeztu sus últimos años como un apóstol de la defensa del ideal hispánico, con el convencimiento de que en su propagación y triunfo estaba la solución de España y del mundo. “La Hispanidad —dijo— creó la Historia Universal y no hay fuera del cristianismo obra en el mundo comparable”

Sabía Maeztu que este apostolado iba a llevarle a su propio sacrificio. Cuando volvió de Buenos Aires alguien le preguntó por qué había vuelto y contestó rotundo: “Vengo a que me crucifiquen”. “Nos matarán, me doy por muerto”, clamaba en su escaño del Congreso; y se indignaba con los diputados derechistas que dialogaban en los pasillos con los de la extrema izquierda, porque con razón veía en ellos a lobos disfrazados de cordeiros. Jamás quiso evadir el peligro y prefirió deliberadamente —son sus palabras— “que le pegasen cuatro tiros contra una pared a seguir tolerando tantas bajezas, tantas ruindades y tanta barbarie”.

La universalidad de la obra de Maeztu, no la tuvo ni siquiera Menéndez y Pelayo “rico de erudición pero falto de raptó místico unitario”, “Rico y millonario de saber”, como dijo Eugenio Montes “pero pobre en dones de éxtasis y profecía”, Ramiro de Maeztu supo alumbrar la chispa del genio hispánico. Este es el talismán, que no es otro que el de la verdad católica, que puede engrandecer a Europa y salvar a las Américas, que demasiado atareadas en el quehacer de Marta se olvidan de que hay que buscar también el aliento del espíritu para poder andar. Terminemos diciendo; que si buscamos el reino de Dios, lo demás se nos dará por añadidura.